

renguer IV, cuando llega al principado de Aragón, se preocupa por repoblar Zaragoza, ya que aun a la muerte de Alfonso el Batallador la población mora era mayor que la cristiana en las tierras liberadas por el monarca.

Ramón Berenguer IV otorga dos yugadas de tierra yerma a cada caballero y una a cada peón. También se reparten las tierras de aquellos propietarios que, por no tener casa en Zaragoza, no podían ser considerados como vecinos de la ciudad. En 1159 otorga la propiedad de las tierras a quienes las venían cultivando por diez años.

Entre los que obtienen tierras en el reparto de la ciudad están en primer término los conquistadores y entre ellos los señores ultrapirenaicos como Gastón de Bearn y su hermano Centulo de Baigorria. Sin embargo estos señores, aunque adquirieron importantes posesiones en Zaragoza, no se arraigaron en la ciudad. Al grupo de pobladores cristianos pertenecen los de estirpe « franca », gascones, berneses, etc. Otros procedían de Cataluña, todos ellos artesanos y mercaderes.

Otra parte de la población la constituían los mozárabes; aunque no se tienen noticias muy precisas de ellos, sabemos que realizaban su culto en la iglesia de las Santas Masas y la de Santa María luego llamada del Pilar.

Entre los antiguos pobladores de las ciudades ocupadas por el Batallador figuran también los judíos, cuya importancia es, más que numérica, económica.

En cuanto a los musulmanes, dedicados al cultivo de la tierra, permanecían en absoluto apartamiento de los cristianos.

MARÍA ELENA MADARIAGA.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH, *Diplomatari de l'Orient Català (1301-1409)*, Institut d'estudis catalans, Barcelona, 1947.

En 1879, una obra de valor relativo, *Οι Καταλόγοι ἐν τῇ Ἀνατολίῃ*, despertó vivamente la atención de Antonio Rubió y Lluch y la dirigió en forma definitiva hacia un hecho histórico poco conocido: la dominación catalana en Grecia. Desde entonces hasta su muerte ocurrida en 1937, consagró lo mejor de su capacidad y energía a la búsqueda de documentos que iluminaran ese oscuro rincón de la historia medieval. Resultados de largos años de afanes son los 717 documentos — la mayoría de ellos escritos en latín o catalán — reunidos en el *Diplomatari*, a través de los cuales se reactualiza un siglo de vida en un sector de la cuenca mediterránea, desde la época en que la Compañía Catalana — *universitas felicis exercitus francorum* — se puso al servicio del *Basileus* Andrónico II, hasta la muerte del rey Martín el Humano.

Una cincuentena de documentos se refieren « al heroico y apasionante episodio de la Expedición a Oriente »; van desde el año 1301 al 1312 y si no forman una historia cronológica de la expedición, abundan en cambio en noticias

sobre las figuras más destacadas de la Compañía; alguno contiene, incluso, una relación sumaria de los hechos de esta última. Aparecen en primer término en ese grupo documental los dos caudillos de la Expedición a Oriente: Berenguer de Estença y Roger de Flor. El asesinato del segundo en 1305, la muerte del primero pocos años después, no habían de detener las correrías aventureras de la Compañía, que, encabezada por nuevos capitanes, designaba sus jefes, elegía señores, mantenía vagos vínculos — raciales y sentimentales tanto como políticos — con las casas de Aragón y de Sicilia, aceptaba o rechazaba paces, treguas y alianzas, provocaba la ira y el temor de ciudades y príncipes y ocupaba finalmente el ducado de Atenas, haciendo caso omiso de las protestas de Clemente V y Juan XXII, que inútilmente la excomulgaron y predicaron una cruzada contra ella, hasta que el inminente peligro turco varió la actitud del Papado hacia los catalanes. Al ducado de Atenas se agregó el de Neopatria en la época de Alfonso Federico de Aragón, hijo natural de Federico II, vicario general y una de las figuras más interesantes de la Compañía.

Quedaba así establecida una comunidad catalana en suelo helénico. De su historia, sus vicisitudes, su gobierno, la administración política de los ducados, los nombramientos de vicarios, «Veguers», castellanos, capitanes, la invasión navarra de 1379, su desaparición, hablaban los documentos enterados en los archivos de Barcelona, de Mallorca, de Palermo, de Venecia, del Vaticano. Buscarlos, descubrirlos, sacarlos a luz, reunirlos, estudiarlos, implicaba una obra casi titánica de erudición, esto es, de paciencia y amor. Esa obra que «sólo un hijo de Cataluña podía imponerse», fué la de Antonio Rubió y Lluch.

A reseñarla dedica la primera parte del prólogo, y tan íntimamente está ligada a su existencia, que éste toma visos de autobiografía y a la evocación de la tarea realizada se asocia inseparablemente la de la vida, casi realizada también.

En la segunda parte explica la procedencia de los documentos: algunas obras impresas, pero, sobre todo, los archivos, nacionales y extranjeros, especialmente el de la Corona de Aragón; su lengua; los límites cronológicos del Diplomatarium y las lagunas que el incendio de las cancellerías veneciana y palermitana no permite llenar; destaca finalmente algunos temas de mayor interés que aparecen en la colección diplomática y cita su estudio con dos nombres cargados de significación para el mundo occidental: Tebas y Atenas. Al breve esquema del acontecer histórico de ambas durante la dominación catalana suceden las páginas dedicadas a la Acrópolis, el *castrum civitatis Athenarum*, que, con su Pinacotea transformada en Capilla de San Bartolomé, la Catedral de Santa María borrando el nombre del Partenón, continuaba siendo, según *El Ceremonioso*, «la pus rica joia del món».

Rubió y Lluch no alcanzó a ver editada la obra a la que había consagrado casi sesenta años de vida. Los últimos documentos fueron revisados por su

hijo, Jordi Rubió, su sucesor en el Institut d'Estudis Catalanes que publica el *Diplomatari*.

Significa éste no sólo un aporte de indiscutible importancia a los estudios históricos, sino también un alto ejemplo de constancia y dedicación a una tarea científica.

M. DEL C. CARLÉ.

*Fontes medievais da história de Portugal. Vol. I, Anais e crónicas. Selecção, prefácio e notas de Alfredo Pimenta. (Colecção de clássicos Sa da Costa). (Lisboa, Livraria Sa da Costa, ed., 1948, xxxii págs., 337 págs.*

Agotados desde tiempo atrás los *Portugaliae Monumenta Historica*, que tan valiosos servicios prestaron al conocimiento de la historia de Portugal durante la Edad Media, se discutió frecuentemente la conveniencia de reeditarlos pero tal reedición nunca se llevó a cabo. Por eso es indudable que esta serie documental en la que se reproducen muchos de los materiales publicados en los *P. M. H.*, al lado de otros completamente nuevos, ha de ser bien recibida por los especialistas.

La orientación seguida por el doctor Pimenta es diferente de la obra antes mencionada. Cada pieza documental es acompañada de notas que le sirven de introducción, dedicadas especialmente a aclarar los arcaísmos lingüísticos y resolver las dificultades que puedan presentarse a los no iniciados. Procura así el doctor Pimenta facilitar a todos sus lectores la comprensión de los textos incluidos en las *Fontes*.

Bajo la denominación general de *Anales y Crónicas* se reúne en este volumen un conjunto de documentos que reflejan aspectos jurídicos, sociales, etc., de la vida portuguesa en el medioevo.

Figuran en primer término la Crónica conimbricense y la Historia de los godos y a continuación las Relaciones de la conquista de Lisboa, de las batallas del Salado y Aljubarrota, la carta enviada al Papa Nicolás IV solicitando la aprobación para fundar la Universidad de Coimbra y otros muchos textos de igual interés.

La colección completa estará dividida en la siguiente forma: *Anais e Crónicas*; *Textos jurídicos*; *Inquiriçoes*; *Documentos particulares*.

Viene esta colección a llenar un vacío que se hacía sentir en esa rama de la bibliografía portuguesa y a facilitar el conocimiento de las instituciones lusitanas, de especial interés no sólo para la historia del país sino también para la de la Península y más ampliamente para la de la Europa medieval.

GUILLERMO GORDÓNEZ.